1
232085

LA NOVELA PICARESCA

AÑO II — PUBLICACION QUINCENAL ILUSTRADA — Núm 31



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Ramón Perez de Ayala

CARNE DE TODOS

10 centavos

1

232085

IENONVILLE

AV. ALVEAR Y TAGLE

DINERS ET SOUPERS CONCERTS

ORCHESTRE ARGENTINE - AMERICAN JAZZ BAND

:: :: Grands vins
de Champagne

Moet & Chandon

Epernay

Maison fondée en 1740

Grand Restaurant Royal

A LA CARTE

SALONES RESERVADOS

PARA FAMILIAS

ESMERALDA Y CORRIENTES (SOTANO)

47/1479840

LA NOVELA PICARESCA

Año II — Buenos Aires, Enero 7 de 1920 — Núm. 31

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Carne de todos

Llegaba el otoño; gris, melancólico, tibio. Las casas de los veraneantes — viviendas menudas y coquetonas, pequeños chalets pintados de colores alegres — se alineaban a una parte de la playa, silenciosos, aburridos, ventanas y puertas cerradas. Los dos fonduchos habíanse clausurado ya. Todos se marchaban de Arenales, y la pequeña aldea tornábase triste y solitaria; el sol salía, cuando salía, de mala gana, pálido y perezoso, amarillo y desmayado. En el horizonte veíanse a todas horas grandes ejércitos de nubes, reconcentrados y prontos a extenderse por el cielo al menor motín del aire. Y no tardaron gran cosa en venir las lluvias, tenaces, densas, firmes, como plaga o azote.

Un sábado por la noche, al acostarse, Rosina vió el cielo constelado de estrellas, todas temblorosas, límpidas y plateadas. "Si no se nubla, a media noche es buena ocasión", pensó la muchacha. Cuando le pareció que todos los suyos dormían a pierna suelta, hateó sus trapillos y luego que hubo besado a sus hermanos, muy quedo, salió.

En la vítrea penumbra nocharniega, carretera y río ondulaban paralelos, como mellizos ideales; la una, albicante y leve; silencioso, quieto y estrellado el otro, porque el firmamento se miraba en su quietud. Rosina se alejó prestamente, y todo a lo largo del camino, a su izquierda, el río la acompañaba rezongando en algunas revueltas con murmurio amistoso y ledo.

Un gallo cantó con gran ímpetu, y de alqueria en alqueria fué sucediéndose el áspero quiquiriquí.

Rosina pasó junto a una aldehuela llamada El Castillo, por estar tendida al pie de una loma en cuya cumbre se asienta un torreón, loma que, desviando el curso del río, hace un grande y apacible remanso. Las casas reposaban en silencio. Algunos canes aullaron al pasar Rosina. A la salida del pueblecillo, sobre el alero de un hórreo, piaban unos gorriones en inarmónico guirigay. Acordóse Rosina, oyéndolos, de la noche breve de su amor, y de Fernando, su amigo de un instante; pero en el recuerdo no había un asomo de tristeza o de arrepentimiento. Su destino se le aparecía como cosa lógica e inevitable; iría a servir en las ciudades, huyendo de la aldea, para ocultar a los suyos la vergüenza de su maternidad.

Caminó toda la noche. Poco a poco, las estrellas se hundían en el cielo, y una ola de claridad tímida vagó por las alturas. El campo se arrebozaba en difusa luz de ensueño.

Las campanitas de una iglesia sonaron joviales y temblorosas, como niños frioleros. Rosina apretó el paso, para llegar a misa a Rivadesilos.

Este pueblo no tiene otras construcciones que cuatro casucas, con sus hórreos y paneras, dos fincas de indianos, un parador y la iglesia, todo ello muy jabelgado y pulero.

R-3211511

Rosina llegó jadeante, enrojecidos los pómulos, casi cárdenos, y las manos ateridas. Algunas mozas le preguntaron su derrotero. Ella les respondió que iba a servir. En cuanto hubo oído misa continuó su andanza. El sol había ganado un buen trecho, cielo arriba, y alegraba al campo con un regocijo grave, matutino e invernal.

Al cuarto de hora de andar llegó a la estación de San Juan de Beñes El pueblo está apartado un trecho de la vía férrea, en la linde de un viejo bosque de castaños.

El silbido del tren y su trepidación sorda llegaron rodando por el valle. Luego se le vió asomar a lo lejos, muy gentil y humeante. A los pocos minutos paraba frente a la estación.

Rosina fué a meterse en el primer coche; temía tropezar con algún conocido. Entró precipitadamente y cerró la portezuela, con prisa. El tren no tardó en ponerse en marcha.

En el mismo departamento de Rosina estaba un sacerdote joven, coloradito y algo sucio, sin llegar a la patinosa cochambre de otros tales de aldea. Este evangélico varón, sorprendido de que la chica no saludase, abordó la charla.

—Buenos días nos dé Dios, mozina.

—Buenos días, señor cura — murmuró ella toda ruborosa.

—¿A dónde vas?

—A servir.

—¿A servir a dónde?

—A Prado.

—¿Tienes ya casa buscada?

—No, señor.

—Yo tengo una hermana, con la cual vivo. Esta hermana está casada con un americano que tiene muchos millones. Precisamente estos días andaban buscando criada, y tú me pareces bien. No sé lo que pensarán pagarte; pero, por poco que sea, será más de lo que tú esperes. ¿Te conviene? Yo creo que sí. Ya verás qué quinta tan guapa tienen a la salida de Prado, yendo para Piedramonte. Esto, suponiendo que seas formal, que yo creo que sí, y que no hayas tenido ningún mal paso... ¿Eh? ¿Qué dices?

Rosina no sabía qué responder.

—Vamos, no te asustes. Esto que te digo son bromas. Mira, ya estamos muy cerca. En pasando aquel puentiquín se da la vuelta a la izquierda, y detrás del monte, en una llanura, está Prado.

Por la ventanilla le mostraba los parajes.

La muchacha seguía con curiosidad las indicaciones del dedo.

—Conque... trato hecho, ¿verdad?

—Sí, señor.

Al llegar a Prado el cura la acompañó hasta la casa del indiano. Atravesaron todo el pueblo, silencioso, aletargado en una paz dominical. Alguna que otra persona endomingada recorría las calles, que un sol matutino y suave templaba, dorándolas.

Detuviéronse ante un portón de nogal, abierto en alto muro encalado. El cura dió recias aldabadas. No tardaron en acudir y darles paso.

Rosina quedó admitida *in continenti*, merced a una razonada recomendación del clérigo, entre la servidumbre de aquella familia, la cual, amén del susodicho curila, componíase de un indiano repugnante y orejudo, enriquecido

en Cuba, Dios sabe por cuáles medios; su señora, espigada y zonza, aunque no fea, y un angelote rubio y muy enguedejado.

El cura paraba poco en casa. Pasábase la vida, por lo regular, en viajes y correrías a través de aldeas y pueblos comarcanos. A la nueva criada trabala siempre con afabilidad un poco entrometida, pero sin rebasar, paladina ni embozadamente, el contenido del léxico casto y limpio de toda intención obscena o pecaminosa. Ni requerimientos equívocos, ni, mucho menos aún, avanzadas del tacto.

Rosina encontrábase tan a gusto en el tedioso hogar del indiano repugnante y orejudo, que se estremecía al pensar en la inminente insolencia de su embarazo. De día en día acrecentábase el volumen, en progresión lenta y constante; y sí, hasta entonces, las faldas vueludas y el corsé opresor habían alcahueteado no poco, a la hora menos pensada saltaría la verdad voluminosa e inequívoca, a pesar de todos los encubrimientos. Después de los meses angustiosos de Arenales, de las fascinadoras ideas de suicidio y demás amarguras, el silencio sedativo de aquella casa infundía al alma de Rosina un grato reposo. Se acordaba un poco menos de Fernando y pensaba un poco más en la obra misteriosa de sus entrañas. El ejemplo de su señorita la edificaba: era una jovencita idiotizada al contacto de las lacerias de su esposo, pero noble y respetable, a causa del amor que profesaba a su hijo, el angelote dorado y hermoso. La sublimidad del amor materno le inspiraba ideas que no atinaba a expresar, aunque si a sentir muy hondamente, y comprendía que en él está la cancelación de los pecados y tristezas de la vida. "Si yo me atreviese a contárselo todo a la señorita, pensaba, y a pedirle perdón... La prometería ser buena, y tener mi hijo aquí con ellos, y no apartarme más de su lado..." Pero no se atrevió a hacer esta confesión.

Al mes de estar en aquella casa, su barriga, muy encrespada y testaruda (de alguna manera se ha de decir), daba a entender que no quería tapujos ni apreturas, y que estaba resuelta a romper con todo. La primera que entendió este expresivo lenguaje, en un descuido de Rosina, que hacía todo lo posible por ahogarlo, fué la cocinera, una vieja que dormía en su misma habitación. Con ojos de a palmo y voz burlona exclamó:

—Neña... Tú estás *embaranzada*.

Era una grandísima bruja, y la palabra preñada le parecía uno de los más feos pecados. Rosina quedó como muerta. La vieja, aprovechando la turbación de la moza, le dejó al aire la barriga en un periquete, y corroboró su juicio.

—Estás *embaranzada* y bien *embaranzada*.

Como se supone, tratándose del protervo linaje de esta cotorrera, a quien el destino , desde la niebla de las primeras edades, la tenía deparada una virginidad ineludible, adquirir ella este conocimiento del embarazo y transmitírselo a la señorita fué obra de muy poco tiempo. La señorita, que no conocía del mundo otras personas que sus padres, su hermanito el cura y el averiado esposo, y tenía una noción de la realidad muy restringida y errónea, reputó aquel naturalísimo fenómeno de reproducción por abominable y nefando delito, y a la delincuente como redomada criminal. En su alelada zonzería imaginó que Rosina era muy capaz de matarlos a todos una noche, y aunque muerta de miedo, no se atrevió a despedirla ni a comunicar a su marido la noticia hasta que el clérigo estuvo de vuelta, el cual fué encargado de la es-

pinosa misión de ahuyentar a la chica embarazada. En vano intentó el sacerdote intervenir en favor de Rosina: su hermana fué inexorable.

El cura manifestó con la mayor dulzura a la muchacha la decisión de la señora y la causa de ello, añadiendo de su parte algunas palabras de consuelo que si no justificaban, disculpaban al menos el amoroso desliz (desgracia dijo el cura), y la amonestó blandamente para lo venidero. Rosina le escuchó sin replicar, y luego se fué a recoger su ropa, pensando que era una mala bestia y una mujer maldita y pecadora; pues reconociendo, como reconocía, a través de las suaves palabras del cura, y después de los acerbos sermones de la cocinera, que su falta era terrible, a ella, en lo más íntimo, le parecía una cosa muy natural, y lejos de sentir arrepentimiento y hacer propósito de la enmienda, estaba segura de que cuantas veces se encontrara con Fernando se habría de entregar a él, mejor dicho, la misma fuerza confusa y tumultuosa de la noche de amor la había de arrastrar de nuevo hasta los brazos de su amante, estremecida y confusa, sin albedrío.

Antes de abandonar la casa fué a despedirse de la cocinera, con la cual tuvo este diálogo:

—Vóime, María.

—¿A dónde vas?

—No lo sé.

—¡Ay, neña! Dasme mucha lástima. Dígote que lo mejor que puedes hacer ye dir a Pilares. Estando embaranzada no te van a querer en ninguna casa decente; pero en Pilares puede que encuentres alguna. Tengo yo en Pilares una amiga que tién casa de güéspedes. Escribirela pa que te busque colocación, ¿quiés?

—Bueno.

La cocinera garrapateó durante media hora, en un pedazo de papel mugriento, una epístola extraordinaria. Rosina marchó en el primer tren.

Presentóse Rosina ante *la Picha*, en la mano la inmunda carta de recomendación. El aspecto de la presunta protectora no era halagüeño, ni con mucho: barrigona, bigotuda, puerca y desgreñada. Sacó *la Picha* unas antiparras de la faltriquera y estuvo descifrando la epístola todo el tiempo que hubo menester, y no fué poco. Luego escrutó a la muchacha concienzudamente y la admitió a su servicio, para lo cual era necesario despedir a la otra criada; lo manifestó así, exagerando el interés que tenía en complacer a su antigua amiga la cocinera del indiano. La casa era adecuado estuche de la alhaja. El polvo y la mugre gozaban de un reposo ajeno de inquietudes y sobresaltos, campando muy a sus anchas por toda la vivienda, a excepción de una alcoba; en ella una cama de madera pajiza, colcha blanca de *crochet* sobre la cama, aguamanil de hierro y unos cromos, con Venus lamentables, esparcidos por las paredes.

Todo aquel interior, lóbrego y mal oliente, repugnó a la pulcritud instintiva de la niña de Arenales.

Desde el día siguiente de su llegada fregoteó, sacudió y resfregó a diestro y siniestro, mañana y tarde, hasta alindar el antro, en lo que pudo. Como *la Picha* no era mujer que se asustase de ciertas cosas, Rosina andaba con el vientre en libertad, lo cual le causaba gran bienestar y desahogo.

Los primeros días, estando muy entretenida en sus ajetreos purificadores, no echó de ver las gentes que visitaban a *la Picha;* pero, no transcurrió mucho tiempo sin que se sintiese extrañada de que éstas fuesen señoritos y artesanillas únicamente, y cuando vió que la estancia de recibir era la alcoba de las Venus, aunque poco maliciosa, e ignorante de ciertos asuntos, dióse cuenta muy pronto de todo.

En un principio experimentó tanta sorpresa que no sabía qué pensar. ¿Es posible que haya esas cosas? Luego sintió cierta repugnancia, no por el acto, sino por los aditamientos y feas circunstancias de que lo rodeaban, por la deplorable vivienda que elegían, y por la mujer feroz que servía de medianera. Pensó marcharse cuanto antes, pero volvió de su determinación considerando que con aquella barriga no iba a ninguna parte. Poco a poco el sentido moral que desde niña le habían inculcado fuése adormeciendo hasta no dar cuenta de sí. Todos aquellos oficios de tercería eran para ella cosa muy lógica, y aun más lo que hacían aquellas menestralas bonitas. No encontraba en su alma movimientos de indignación contra las personas que la rodeaban; mas, dígase sin reparo, ni una vez siquiera pensó llegar a hacer lo propio.

La muchacha no estaba muy apetitosa con su barriga, que cada día era más fenomenal; pero, como tenía el rostro muy lindo y dulce, no faltaban nunca chicoleos, palabras de enfática intención lasciva, frases francamente indecentes y alguno que otro conato de caricias y abrazos. Y, cosa rara: Rosina, que en sus adentros no se atrevía a condenar tales desmanes, lo mismo era oir aquellos chicoleos y frases desnudas, que comenzar a aturdirse y a ponerse colorada como una amapola, y echarse a temblar y sentir impulsos de defenderse a manotazos ,así que alguno hacía ademán de abrazarla. Su alma padecía profunda atonía moral, pero guardaba el cuerpo pudor físico y esquivez arisca, tan indomables, que bien pudiera decirse que el instinto de maternidad se valía de esas armas para defender de profanaciones su precioso bagaje.

A un joven caprichoso y rico que tenía pasión por las embarazadas, se le metió en la mollera yacer con Rosina. En combinación con la urraca la tendió añagazas.

Rosina vióse tan cercada, que temiendo no poder resistir a la violencia pensó en la huída; pero, la trotaconventos, que oliscaba la fuga y estaba muy satisfecha de la infatigable laboriosidad de la muchacha, puso pronto y conveniente remedio; dióse, pues, tan buen arte, que convenció al joven de lo absurdo de su propósito. Con esto respiró Rosina libremente, y pasaron los días y las semanas, y los meses, hasta que estuvo en trance de parir

Esta contigencia vino a turbar el corazón de *la Picha.* Se había encariñado con Rosina y le apesadumbraba que pariese en el hospital; pero no tenía suficiente abnegación para dejarla parir en su casa. Cuando andaba en estas vacilaciones arreciaron los dolores; la muchacha no pudo levantarse de la cama *La Picha.* no se atrevió a despedirla en aquel estado.Por otra parte, echó cuentas para sus adentros y resultaban bastantes galanas. Un médico del hospital, amigo de *la Picha,* asistió graciosamente al parto, que fué feliz. La criatura era una niña.

Rosina acogió con extremado amor aquella masa blanducha de carne rojiza. Pasábase las horas contemplándola con embeleso, y así que rebullía un poco pensaba llena de angustia que se le iba a morir. Aquella misma tarde tuvo

fuerte jaqueca. Al día siguiente empeoró, y así, de una en otra, vino a tener una fiebre puerperal que la mantuvo entre la vida y la muerte durante algún tiempo.

La Picha aprovechó esta circunstancia para llevar la criatura al hospicio.

Cuando Rosina comenzó a darse cuenta de las cosas fué tal su enojo, que el médico, temiendo una recaída, asumió la responsabilidad del secuestro y urdió una historia fantástica a fin de explicarlo.

Su convalecencia fué muy laboriosa. Preguntaba a cada momento por su hija, a lo cual contestaba Manuela que hasta que sanase por completo no se la podían traer.

Un día, Rosina se encontró completamente bien.

——Ya estoy sana — dijo a *la Picha;* — ¿dónde está mi neña?

Y aquí de la habilidad de doña Trotaconventos. Sin apurarse cosa, desarrolló su plan cual hábil estratega. Traerían a la niña; pero, ¿qué iba a hacer con ella Rosina? ¿Cómo se iban a mantener? Ella, Manuela, no podía tener una criada con una criatura, ni nadie en el mundo la tendría de ese modo. ¿ A dónde ir? ¿Qué ocupaciones buscaría? La cosa era de pensar. Ella no se había atrevido a llevar a la niña al hospicio sin consentimiento de la madre; estaba en casa de unas amigas, pero el hospicio era la única solución, y tarde o temprano habría que aceptarla. Ahora bien; sin el impedimento de la criatura, Rosina se las apañaría de excelente manera: era guapa, muy simpática, elegante, cualidad que antes, con aquella barriga, no se podía apreciar; tenía porción de cosas que gustaban a los hombres, Ella, *la Picha,* conocía a muchos, perdidamente enamorados.

Luego, cuando tuviera dinero, podría sacar a la hija del hospicio.

Y por este camino pronunció una larga plática.

Rosina no respondió por el pronto, lo cual era de buen agüero, y anduvo varios días meditando las palabras de Manuela. Al cabo de ellos, la dijo, muy avergonzada y ruborosa, que haría cuanto le mandase, pero que deseaba ver a su hija, aun cuando fuera una sola vez.

——¡Ay, paloma blanquina! Dios te ha inspirao. ¡Ya verás los cuartos que haces! — exclamó fervorosamente *la Picha,* mostrando ignorar que la criatura existiese.

Rosina insistió en ver a su hija, de tal suerte que su protectora no pudo eludir la respuesta.

——Yo mandaré que te la traigan. Creo que está preciosa.

Pasó el tiempo y no asomaba la niña. Manuela explicó a Rosina cómo para ahorrarla el disgusto de la despedida la había enviado ya al hospicio.

——Pero, ¿no podemos verla allí?

——Sí, paloma, sí. Cuando quieras.

Con esto quedó satisfecha Rosina.

No tardó gran cosa de tiempo en ponerse a las tareas de la profesión elegida. El primer usufructuante de sus encantos, puestos ya en el rango de mercaderías tarifadas, fué un joven pilarense, ni guapo ni feo, ni rico ni pobre, ni alto ni bajo, ni grueso ni enjuto, uno de tantos, resultante del paralelogramo de la concupiscencia; de esos que pagan mujeres, algo por lascivia, por necesidad orgánica en ocasiones, las más de las veces por vanidad provinciana de donjuanismo precario.

Cuando Rosina se encaminó a la alcoba de las Venus, iba con una emoción muy semejante a la que le embargara el día de su primera comunión: desasosiego nervioso a causa de la novedad del trance y un rubor epidérmico derramado por el rostro, sin paridad con aquella honda turbación y extremada ansiedad de la noche única.

Rosina sacó de esta primera entrevista carnal una lección provechosa. Antes, temía no servir para esta laboriosa, dura y honrada profesión.

No fué así. Confusa lo estuvo todo el tiempo que duró la presencia del macho, con aquella confusión fisiológica que la Naturaleza había amalgamado tan reciamente a su constitución orgánica, y no menos torpe que confusa, lo cual era hijo de su inexperiencia y de su falta de instinto pecaminoso. Es decir, que la niña de Arenales entregó su cuerpo, pero no su alma. Cuando estuvo a solas y consideró su aventura, en fuerza de sutilizar sobre ella y compararla con la de la noche memorable, aquilatando sus diferencias, vino a dar en la certidumbre de que eran cosas de distinta y hasta contradictoria naturaleza y substancia, y si la una endulzaba y hacía amable la vida, la otra pudiera ayudar a ella como oficio mecánico. Con esto comprendió que el ejercicio rutinario de la prostitución era como coser a máquina o embalar escabeche, aunque más pingüe, si bien la comparación adecuada le parecía la de coser a la máquina, sin duda por cierta onomatopeya o armonía imitativa muy puesta en su punto.

Por las vueltas de San Juan, que es época de verbenas e inocentes regocijos nocherniegos, comenzó Rosina a ganar su pan con ese oficio nocherniego e inocente, pero no muy regocijado.

En los primeros tiempos fueron sus negocios en medio de una muy lucrativa bonanza, según dictamen de *la Picha,* que sabía poner a buen recaudo los dineros, administrándolos con tanta parsimonia que Rosina no vió nunca una mala peseta, pues hasta de las propinas se incautaba Manuela; y todo la hacía falta, según ella, para el pago de blusillas y humildes vestidos que, siendo de percal, no se dijera sino que estaban hechos con las más ricas estofas, por lo que costaban.

Conforme avanzó el verano Pilares fué despoblándose. Las familias emigraban a la costa. No había un hombre que pudiera pagar amorosas concesiones con decente estipendio. *La Picha* se lamentaba a todas horas: aquello iba muy mal.

———

Por aquel entonces, Mariquita, la alcahueta de mayor alcurnia en Pilares, noticiosa del suculento palmito de Rosina, comenzó a tenderle la red para la temporada de otoño, que es de mucho provecho, con tan buen arte que la joven, a las primeras acechanzas, se dejó prender en las sutiles mallas del artilugio celestinesco. *La Picha* clamó con abominables imprecaciones al empíreo y luego al averno; ¡pero como si cantara! ¡A buena parte iba con Mariquita, la opulenta prelada del más aristocrático conventico!...

A eso de las doce del día, una cesta de alquiler, que albergaba en su cochambroso interior a la segunda ama de casa de Mariquita, paró a la puerta de *La Picha.* La hermana prófuga, o sea Rosina, sin más ropa que la puesta y exhausto el bolsillo, bajó al momento y entró en el coche.

Cuando llegaron a casa de Mariquita, ni ésta ni sus hijas putativas esta-

ban levantadas. La casa, a tales horas silenciosa, dormida, respiraba un aliento de aseo y honestidad, de mesura y circunspección; acariciaba los sentidos, embotándolos un poco. Las puertas y contrapuertas de los balcones estaban entornadas, y desde las rendijas, a través de las graves estancias, se tendía un tenue y sutilísimo telón de luz polvorienta.

A Rosina le pareció muy bien su nueva vivienda. La segunda ama le enseñó todas las habitaciones del piso principal y segundo; gabinetes al estilo de la clase media, con muebles de yute guarnecidos de madroños, óleos de nogal. Las pupilas, ahora, reposaban en *la perrera*.

La segunda ama hizo la presentación de la novicia como era de rigor, la cual fué acogida con la fraternidad y benevolencia aparente que inspira la regla de tales institutos.

El bullicio matutinal de aquellas inocentes doncellas despertó a Mariquita, que apareció muy pronto encolerizada y regañona, pronunciando frases algo enérgicas quizás, pero disculpables, si se tiene en cuenta que el entusiasmo de su subordinadas la había arrancado de un sueño beatífico y candoroso.

Así que paró mientes en Rosina, que se tenía en un rincón del cuarto, inmóvil y atenta, detuvo Mariquita el ímpetu de sus amonestaciones y la dirigió afectuosas palabras de bienvenida.

La diferencia de una a otra alcahueta, a favor de Mariquita, claro está, era notoria, y como tal al punto la advirtió Rosina. No dejó de ver, asimismo, que por debajo de su hosquedad y genio pronto latía un no sé qué bondadoso y noble. Por todo ello felicitóse mucho para su sayo de entrar en la comunidad.

Todas las habitantes de la casa permanecieron durante el día en ropas muy menores, a causa del mucho calor.

Al promediar la tarde, Mariquita apertó una variadísima colección indumentaria y comenzó a probarle prendas a la novicia, hasta que dió con una falda de jerga azul marino y una blusa de crespón blanco con motas de seda, botón de oro, que le venían como pintadas.

Luego vino la prueba de ropa interior. Esto le produjo a Rosina mucho aturdimiento. Mariquita, ante el insólito renacimiento de una cualidad inútil, el pudor, que ella creía muerta y enterrada hacía tiempo, no tuvo palabras para manifestar su asombro. Con todo, siguiendo la inclinación de la muchacha, encerróse con ella en una habitación y quedó muy complacida del cuerpo de Rosina.

—Chica — exclamó con tono convincente y convencido, — estás muy bien formada. Pero no creas que eso es lo que más gusta aquí. Son unos puercos. Dales carne, mucha carne, y senos hasta las rodillas, y caderazas, y piernotas, y no te darás abasto a complacer a todos. Pero no entran, no entran por los cuerpos finos y por las formas guapas. De todos modos, tú estás muy bien hecha. Tienes el cuerpo como la cara, y si no te abandonas, y no eres tonta, y vas a Madrid, podrás hacer mucho dinero. Ya ves, la Otero estuvo conmigo en una casa de Vitoria. Bueno; ahora, a otro asunto. ¿Qué nombre quieres tener? Yo creo que Coral te estaría bien. ¿Te gusta?

—No, no. Yo me llamo Rosina.

—Bien; pero no conviene...

—¿Por qué?

—Por si se enteran en tu casa.

Rosina, sin vacilar, dió esta respuesta, que es la cristalización de un carácter y de una vida:

—¡Qué más da!

—Allá tú.

Rosina fué a asomarse de nuevo a la bohardilla y permaneció con el pensamiento aletargado durante algún tiempo. Sentía una opresión leve en los pulmones y gran laxitud en el cuerpo. Oyó que daban fuertes aldabadas en la puerta, y luego gritos y risotadas en el piso principal; todo ello como tamizado y asordinado entre la densidad de un sueño. Después creyó oir unas palmadas, muy débiles a causa de la distancia, y que una voz semejante a la de Mariquita decía: ¡La nueva!... En seguida comenzaron a zarandearla sin compasión.

—Anda pa bajo, que hay unos señores. Conocerás a Jiménez. Verás qué tío tan célebre.

Y de un empujón la puso en la cumbre de la escalera. Al bajar comprendió que la cara le ardía. Llevaba el espíritu sereno y arrogante, pero el cuerpo todo estremecido. En un rellano se detuvo un momento a fin de serenarse, sin conseguir otra cosa que ruborizarse más aún. Penetró en el comedor con los ojos fijos en el suelo, y murmuró:

—Buenas tardes.

Una voz varonil y burlonamente afectuosa, la respondió:

—¡Hola, rica!

Hubo un breve silencio, que rompió la misma voz.

—Bueno, que vaya. Es el tipo de Alberto.

Salieron los señores y quedó Rosina sola en el comedor. Cuando levantó los ojos, el monolito marmóreo que hacía de mesa mostraba un enorme dibujo obsceno.

Mariquita, en plena *perrera*, rodeada de su cándida prole, habló y dijo:

—Tú, Luqui, y tú, Payá, y tú y tú — señalando a Remedios, a Ramona y a Rosina — vais esta noche de juerga con Jiménez y unos amigos.

Estas palabras produjeron delirante alborozo en las elegidas. Hallábanse aún, igual que a la hora de comer, más cerca de la desnudez total que del traje humano, por rudimentario o primitivo que éste sea. Hubo cabriolas y zapatetas, con grave riesgo de que algún seno, en los vaivenes vertiginosos que sus dueñas les imprimían, se desprendiera del resto del organismo y recorriera una larga trayectoria en el espacio. Por fortuna, aunque medio sueltos, ninguno llegó a soltarse del todo. Esto hubiera sido una contrariedad para cualquier mujer; mucho más para éstas que ganaban el sustento sirviéndose de ellos, no pocas veces.

Las preteridas — injusta e infamemente, pensaban ellas, — fueron a guarecer su vergüenza en la sombra, con el semblante mohino.

—Vosotras os arregláis en seguida. Vendrá un coche a buscaros y os llevará a la estación. Allí no hagáis demostración ninguna con Jiménez ni Cerdá, ni ninguno de los otros: como si no los hubiérais visto en la vida. Bueno. Ya estará allí un mozo de estación que os acompañará al andén. Bueno. Después os metéis en un coche de segunda; bueno, ya os meterá el mozo.

Bueno. Allí estaréis muy formalitas, y cuando marche el tren iréis al coche salón.

El tren movió pesadamente su mole, y luego fué acelerando la marcha con ese formidable concierto y horrísono retumbo de herrajes que han observado muy atinadamente casi todos los novelistas, desde el invento de Stephenson hasta nuestros días.

¡Ay, Señor, qué deslumbramiento el de las pobres mujeres según entraron en el coche-salón y vieron el lustre rojizo de sus maderas que reflejaba infinitos matices, cual si fuera un espejo; el hermoso tono gris de los almohadillados divanes de innúmeros botones; lo tupido de su alfombra y lo suntuoso de sus flecos, que por dondequiera le colgaban! Avezadas a viajar en durísimos y desnudos coches de tercera clase y a morar en casas sórdidas las más veces, aquel severo conjunto confortable, íntimo y parco de ornato, pareciales cosa irreal y de sueño.

Diseminados en el recinto del coche estaban los ínclitos varones, sentados unos encima de los cestos, en los brazos de los divanes otros, cuáles en pie, cuáles con las manos en las rejillas. De ellos eran los más mozos Paco Alvarez y el joven insignificante llamado Albertò Díaz de Guzmán; San Martín, el más talludito de edad; el más diabólico y turbulento, Jiménez; Cerdá, el más lascivo; Travesedo, el más velludo; todos ellos buena gente, bien humorados y exentos de preocupaciones, si se exceptúa Guzmán, que era pintor novicio y traía entre ceja y ceja no sé qué cosquilleos transcendentales sobre arte y hasta filosofía y otras zarandajas, todo lo cual disimulaba con admirable cortesía.

Entonces el buen Cerdá, el simpático Cerdá el hombre lascivo e ingenuo, abrió una de las cestas con la misma emoción con que abriría unas Cortes si sus pecados a ello le condujeran, y extrajo servilletas, platos, tenedores y otros utensilios, que fué repartiendo en torno.

La dorada mixtura de cebada y lúpulo daba patentes indicios de su activa virtud, si se juzga por algún relincho que de vez en cuando se oía, aclamando las manipulaciones de Cerdá. Este dedujo después una muchedumbre de panecillos de cuernos, que otorgó con profusión. A causa de los cuernos y de la forma de otros bollos, llamados jamancíos en el país, se hicieron frases deshonestas. Cerdá no concluía de sacar pan, por lo cual uno dijo que aquello era el milagro de la multiplicación de los panes, pero sin peces. Esto era una opinión. Otro añadió que sin peces, pero con *pulpos*. La frase, algo ofensiva para el decoro profesional de las señoritas, las hizo enmohinarse un poco y decir algunas atrocidades, no muchas.

A seguida, Cerdá mostró en alto un voluminoso envoltorio de papel blanco, a través del cual rezumaba la grasa en redondeles obscuros. Un tufillo de sazonado condimento esparcióse por el coche. Hubo rumores de aprobación.

Rosina estaba un poco aparte del general bullicio, atenta a todas aquellas peripecias, que sin divertirla, comenzaban a interesarla.

El resto del *menú* lo formaban pollos asados y rosbif.

Al llegar a los postres, Cerdá ostentó un melón de proporciones poco vulgares, que fué acogido con manifiesta simpatía y benevolencia.

—Ahora voy a partirlo. Verán ustedes. En esto soy una *especialidat*...

Era, en efecto, una *especaildat*. Comenzó a dar tajos misteriosos que cru-

jían, rasgando la corteza de la cucurbitácea. La navaja entraba y salía sin orden ni concierto, al parecer, y sin que del todo esférico y tentador se desprendiera la más mínima raja. Pero de pronto, Cerdá cogió el melón por entrambos polos, y tirando hacia fuera lo separó artísticamente, quedándose con una corona de simétricos picos, como la de los reyes teatrales, en cada mano. Una ovación cariñosa y espontánea premió los artísticos esfuerzos del buen Cerdá.

El café, que venía frío, en botellas, fué calentado con un infiernillo de alcohol.

Corrió el cognac profusamente. El bullicio subía en exaltación, con movimientos algo nerviosos, falaces. Parecía ser alegría impuesta, trazada de antemano, estrepitosa y contrahecha.

Alberto, que hasta entonces no había mostrado su contento por señales ruidosas, sino por un sonreir a flor de labio, fué a sentarse junto a Rosina. La escasa cantidad de alcohol que había ingerido, acelerando el movimiento de la sangre, dábale gran acuidad y sutileza de sensaciones, y le tendía por el alma sentimental melancolía. Durante la comida, con cierto disimulo y como al desgaire, habíase estado contemplando a Rosina. Primero, pictóricamente: en el rinconcito penumbroso, sobre el paño gris, la diafanidad de miel y oro de la cabellera y los toques de blanca niebla en los relieves de la blusa, componían una mancha muy bien entonada. Luego fué sintiendo una como atracción de ternura hacia la espiritualidad taciturna y ruborosa de la niña.

Así que se sentó a su lado tuvo propósito de abrazarla y mantenerla asida contra el pecho; pero, absurdo pudor, cohibiéndole, le retuvo los brazos. Entonces, cual si Rosina fuese distinguida damisela, hacia la cual él se sintiera arrastrado por purísima afición, comenzó a prodigarla finezas y cortesías, con tan respetuoso afecto que la muchacha se sintió enternecida.

El cognac hizo oficio de argamasa: adhirió los dos sexos, que hasta entonces habían estado cada cual por su parte.

Pero el tren se detuvo en una estación. Así como paró, Jiménez, con la Luqui del brazo, desapareció por la parte contraria al andén. Siguiéronle Travesedo con Ramona, San Martín con Remedios y Cerdá con la Paya. En el coche-salón, Paquito, cara a cara con la botella de cognac, dábale tientos frecuentes; Alberto había cogido una mano de Rosina y la aprisionaba entre las suyas.

Llevó sus ojos hacia el rostro de la niña y lo contempló con suave emoción y deleite.

—¿Hace poco que te dedicas a la vida esta? — preguntó Alberto, casi en voz baja, temiendo herir a Rosina.

—Sí — y al cabo de un silencio agregó: — Hoy fuí a casa de Mariquita.

—¿Y antes?... — A Alberto le dolía interrogar de esta suerte, pero sentía insaciable sed de conocer el pasado de la muchacha. Como ésta se demorase en contestar, Alberto, haciendo una transición, a tiempo que oprimía más la mano de Rosina, murmuró, casi transportado:

—¡Qué guapa eres, Rosina!

Alberto dió un beso en los labios a Rosina, y permaneció con su boca sobre la de ella.

Paquito, que había apurado hasta las heces la botella de cognac, com-

prendiendo que aquel pertinaz traqueteo invitaba a dormir, tendióse en un diván, cuan largo era. A los pocos minutos roncaba descuidadamente.

Al otro lado, Alberto retenía abrazada a la chica de Arenales. En el modo de bullir de Rosina comprendió su galán que quizá no estuviera muy a gusto.

—Si no quieres estar apoyada en mí, dímelo, que yo no te obligo.

No había acritud, ni despecho, ni punzadas de reproche en la voz. Se lo decía con ánimo de complacerla en todo. Rosina, entendiéndolo así, respondió:

—No es eso. No me molesta estar apoyada en tí. Es la postura.

Acomodáronse nuevamente de manera que ahora Rosina reclinaba la rubia cabeza en el hombro de Alberto, y éste la enlazaba por la cintura con el brazo derecho.

Espaciaban los silencios con diálogos breves.

—¿Me vas a responder con franqueza, con toda franqueza?

—Bueno.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

—¿No ofende tu amor propio que estos señores no te hayan elegido a tí y se hayan ido con las otras?

—Al contrario.

—¿Cómo al contrario?

—Que me alegro.

—Pues si es así, no sé cómo te dedicas a esta vida. — No volvió el rostro hacia ella por temor a no encontrarla tan ruborosa como él quisiera.

Rosina no respondió.

—¿Cuántos años tienes?

—Diez y nueve.

Una pausa.

—¿Qué te parece esto?

—¿Cuál?

—Todo esto. Lo que hacemos. Estas juergas. ¿Te diviertes?

—Sí.

—¿De veras?

—Sí, me entretiene.

—¡Pero niña, si tú has estado todo el tiempo sola!...

—Por eso. Me gusta más mirar.

Otra pausa.

—¿Cuál es el más simpático para ti de los que vamos?

Rosina guardó silencio.

—No te atreves a decírmelo porque no soy yo. ¡Dilo, boba! Si yo no me enfado. ¿Cuál te es más simpático?

—Tú eres muy simpático. Pareces muy buenín.

Abrióse de pronto una portezuela y aparecieron en el hueco Jiménez con la Luqui. Poco después fueron entrando las otras parejas. Aquello de que el placer conseguido tiñe el alma de desencanto y tristeza es una solemne *fúfa*. Dígalo si no el bullicio, algazara y satisfacción con que los devotos de Venus volvían de ofrendarle sus dones.

Travesedo acercóse al sitio en que estaban Alberto y Rosina.

—¿También ustedes?

—Nosotros, no — respondió Alberto.

—Pues bueno, niña, vente conmigo.

Rosina miró a Alberto con mirada compungida y humilde, como si le demandase socorro.

—Digo — añadió Travesedo, — siempre que Guzmán lo consienta.

Alberto plegó los labios en un gesto de desdén, y dejó caer estas frías palabras:

—¿Yo? ¿A mí qué me importa? Hagan ustedes lo que les plazca.

En el mismo instante de concluir comprendió que había hecho una majadería cruel. Ya era tarde. Travesedo ayudaba a Rosina a descender del coche.

—Anda pronto, mujer, que tenemos que buscar alcoba y el tren no aguarda.

Alberto vió desaparecer a la niña rubia. Parecióle que marchaba con resignada pesadumbre.

Alberto cerró los ojos. Oía frases sueltas, volanderas, desprendidas de una canción sentimental. Atando cabos, vino a caer en que la tal cancioncita, que tarareaba Ramona, hacía alusión a una pobre doncella deshonrada por un hombre taimado. Decía así, a trechos: "el clavel si no se deshojara", "la flor que el hombre tanto venera", "mala puñalada te den" y otras lamentables expresiones, que dichas con el acento lacrimoso y temblón de Ramona, encogían el ombligo al hombre más esforzado. A veces la Luqui gritaba agriamente: ¡ay, tu cuelpo! o ¡tu cuelpo tenga mal fin!, frases que Cerdá encontraba de grandísimo e imponderable chiste y gracejo, según las celebraba y encarecía.

Al detenerse el tren en otra estación, Alberto abrió los ojos. San Martín, que había sacudido a Remedios de sobre las piernas, aparecía ahora al lado de Rosina, hablando pasito y con mucho fuego. De pronto levantóse, y, plantándose frente a la muchacha, la cogió por un brazo:

—Bueno; basta de tonterías. ¿Tú crees que has salido de casa para hacerte la interesante? Pues no, princesa. Con quien te lleve has ir, quieras que no. Conque... *anda pa lante*.

Y tiró de ella con brusco movimiento. Alberto se incorporó de súbito, saltó al lado de San Martín e hincó sus dedos en el brazo con que asía a Rosina.

—No sea usted animal — bramó con reconcentrada cólera.

Los dos hombres se miraron de hito en hito, tenaz e injuriosamente. San Martín no había soltado a la niña.

—Suelte usted — dijo Alberto, con imperio.

Los demás se acercaron, conciliadores.

—¿Qué ocurre? — preguntó Jiménez.

—Todos somos amigos — advirtió Cerdá.

—Sí, todos somos amigos — dijo Alberto, tratando de sonreir. Estaba pálido y trémulo.

—Yo no sé quién le mete a este señorito... — manifestó San Martín, de manera agresiva y desdeñosa.

—Me meto yo. Y sobre todo, suelte usted. ¿No ve que la chica no quiere ir con usted?

—Ah, si es usted su esposo o su querido, no he dicho nada. — Y se volvió, haciendo con el canino rostro un gesto de indiferencia.

—Bueno, aquí no ha ocurrido nada. Venga el cognac.

Algunos bebieron un sorbo de licor. Luego fueron acomodándose en los divanes. Hubo un largo silencio penoso.

Fuera oíase un discreto y cristalino murmullo.

—Un río... — exclamó la Paya que, a juzgar por el melancólico acento, recordaba días mejores de su existencia campesina.

Sus palabras cayeron en el silencio, sin que nadie respondiera. Algunos dormitaban. El murmullo del regato continuaba, triste e incesante. Transcurría el tiempo sin que el tren reanudara su marcha.

Alberto pensaba: "debo de estar algo borracho. De todas suertes, esté o no lo esté, he cometido la segunda majadería".

—Pero, Señor, ¿qué ocurrirá? — se preguntó Travesedo asomándose a la ventanilla, y añadió: — Voy a dar unas vueltas por el andén.

—Yo voy con usted — le dijo Alberto, y no sin vacilar un punto, agregó: — ¿quieres venir tú, Rosina?

—Bueno.

Comenzaron a pasear. Rosina iba en el medio; los dos hombres la enlazaban por el brazo. Dieron algunas vueltas.

El piso estaba mojado y había una frescura grata en el ambiente húmedo.

Unas señoritas de pueblo, acompañadas de un mozalbete, surgieron de la profundidad lóbrega de una sala de espera, en donde estaban abismados y como disueltos en sombra, y se aplicaron a curiosear, lanzando largas e intensas miradas escrutadoras a Rosina.

Travesedo preguntó a un mozo:

—¿Cuánto tiempo para el tren aquí, me hace el favor?

—Hora y media — masculló el hombre.

—Este hombre debe de estar loco — dijo Travesedo, así que se apartaron un trecho del modo; pero éste, que alcanzó a oirle, gritó rudamente:

—¡No estoy loco, no!

No se le hizo caso.

—Pero ahora que recuerdo; si el jefe de esta estación es muy amigo mío... Voy a verle.

Quedaron solos Rosina y Alberto.

—¿Te enfadaste conmigo? — dijo tímidamente Rosina.

—¿Cuándo?

—Cuando me fuí con Travesedo.

—¿Yo? — preguntó Alberto muy asombrado, o cuando menos simulando que lo estaba, como si fuera absurdo que él se molestara por tan fútil pretexto.

—Como cuando volví te marchaste de mi lado...

—Fué sin fijarme.

Alberto, aún cuando quería aparecer sereno e indiferente, no las tenía todas consigo. Fuera cosa del alcohol o del conato de pendencia, ello es que sus sienes latían con furia. Sentía ansias feroces de besar a Rosina y abrazarla.

Sentáronse en unos fardos de mercaderías. Por aquella parte no había luces en el andén. Entonces la cubrió el rostro de besos. Rosina los recibía sin despegar los labios ni hacer ademán alguno.

—Yo no sé si estoy borracho; sólo sé que te quiero mucho, que te quiero mucho... — balbucía a intervalos, sin interrumpir el besuqueo.

Era ya muy tarde cuando Alberto descendió de su paroxismo; si no cuerdo del todo, dábase cuenta de sus yerros y sandeces.

Rosina — dijo, intentando aparentar hombre sereno. Perdóname. Estaba borracho como un cerdo. Esto no es justo ni conveniente. Ya se me va pasando la borrachera. Y aunque borracho aún, no lo estoy tanto que no me dé cuenta de que me gustas mucho, de que te quiero, sí — Rosina inclina la cabeza. — No seas ridícula, mujer. ¿Por qué no he de quererte? Yo estoy solo en el mundo, no tengo padre ni madre, y sí mucha sed de afectos. Sé que sientes cierta simpatía por mí. Y yo, en el tiempo que llevo contigo, te quiero ya. Soy dueño de mis acciones y puedo disponer a mi antojo de mi dinero. ¿Quieres vivir conmigo? Este invierno lo pasaremos en París. Yo pintaré, no por la gloria, ¿eh?, sino por entretenimiento. Te pintaré desnuda, y vestida de reina: como gustes. ¿Vendrás a París? ¿No me respondes? Dí. ¿Vendrás a París? Supongo que no tengas querido... Ya sabía yo que no. ¿Vendrás? No quieres contestar. Luego hablaremos de ello.

Alberto continuaba bebiendo. Viéndole perder el sentido, preguntó Rosina:

—¿Por qué te emborrachas? ¿No decías que no ibas a beber más?

—Rosina, una ocasión es una ocasión. Es menester celebrarla, ya que hoy los siete sellos del libro de la sabiduría se han roto para mí. Y dentro no había sino desolación y tinieblas. Las tinieblas se extendieron sobre las cumbres de mi alma; en una de ellas, en la más alta, como la antorcha bíblica debajo del fanal, estaba una luz, y era el ideal de la gloria; pero las tinieblas amortajaron las cumbres. ¿Quién traerá nueva luz? Bebe, come, fornica, corónate de rosas. Soy un majadero y un borracho. ¡Bebe, Rosina! ¡Te digo que bebas!

Rosina vióse en el duro trance de apurar un vaso de cerveza, que le supo a hieles y a veneno. Guzmán bebió más, con furia epiléptica, soltó entre vaso y vaso desatinadas peroraciones, y luego quedóse dormido en un ángulo del departamento.

. . . . . .

El tren penetró en la estación de la capital; todos dormían. La noche habíase desparramado ya sobre la tierra. El vagón apenas estaba esclarecido por los mecheros de aceite.

Alberto, que traía dentro del cráneo sueños horripilantes y febriles, miró en torno sin saber en dónde se encontraba.

—Cógete de mi brazo, Rosina; — y como ella se resistiera, él reiteró la súplica — Te ruego que lo hagas. Más por mí que por tí. Estoy mal aún. Me parece que la tierra se mueve bajo mis pies. No sé lo que tengo. Además, estoy triste, horrorosamente triste.

Por la calle discurrían escasísimos transeuntes. Los arcos voltaicos derramaban su claridad inmóvil y fría. En el promedio de la calle, a lo largo de una de las bandas, se extiende un parque. Alberto se encaminó hacia él. Perdiéronse bajo la sombra de un bosque.

—No sé lo que tengo. Siento angustia... Una desazón... Me falta aire para respirar. — Levantó la cabeza. Entre la fronda veíanse algunas estrellas estremecidas —. Mira: hay estrellas.

En un banco rústico, al amparo de copudos castaños de Indias, cuchi-

checaba una pareja de amantes. Alberto y Rosina salieron por la parte alta de los jrdines a una callecica silenciosa, iluminada con mecheros de gas.

—¿A dónde me llevas?

—A mi casa.

—No. ¡Por Dios!

—Sí, vamos a casa. Me parece que estoy braceando en una pesadilla. Vamos.

Encontrábanse muy cerca de la vivienda de Alberto. En el portal, Rosina sintió ciertos escrúpulos, como si temiera profanar la mansión; pero considerando el mal estado de su amigo, siguióle escaleras arriba, y luego a lo largo de un estrecho pasadizo que conducía al estudio o taller de pintura. Encendió Alberto la luz, y entró; encontróse Rosina en la espaciosa pieza, paramentada con tapices, cuadros y bajorrelieves, y toda repleta de artísticos objetos.

—Pasa, Rosina; penetra, dorado rayo, en esta tumba de un muerto vivo, y entíbiala con el calor de tu cuerpo y el resplandor de tu cabellera; introdúcete, reina de Saba, en los retiros del rey; desciende a la tumba.

Oyóse a poco el *tic* del conmutador eléctrico e hízose la luz dentro de un globo de opaco cristal rosa, que pendía del cielo raso. Rosina, mirando en torno, vió el lecho, en un ángulo, con caja de nogal tallado y telliza de seda amarilla, el lavabo a otra parte, un armario de palo-santo con espejo, estantes de libros, un busto y otros muebles.

Estaba Rosina inmóvil, no lejos del cortinaje, y estábalo Guzmán junto a la cabecera de la cama.

Siento — murmuró éste — no ofrecerte un lecho de rosas. Séalo de amor. No nos separemos nunca. ¿Has visto este humilde laboratorio de arte? De hoy más no será sino pocilga de Epicuro. ¿Ves esta alcoba silenciosa y triste? De hoy más no será sino cobijo de fornicación y semillero de besos y deleites. Todo es ciego, estúpido, vertiginoso y fatal. Disfrutemos el instante de nuestra vida... ¡Oh, qué mal me encuentro!

Avanzó unos pasos hasta colocarse frente al espejo del armario. Contempló en la pulida luna su rostro desencajado por los excesos de la orgía, y como sus ojos estaban no menos turbios que su cerebro pensó contemplar una calavera descarnada y pavorosa.

—¡Mi espectro, mi espectro! — aulló con angustia —. ¡Me siento arrebatado en el torbellino lóbrego de la materia estúpida, de la inconsciencia, de la ceguedad!...

Cayó en el suelo sin sentido. Rosina, como loca, le arrastró hasta el lecho y le acomodó sobre los colchones. Encontróse en soledad horrible junto aquel cuerpo inerte. ¿Estará muerto?, se preguntó. Le entraron ganas de llorar y lamentarse con todas sus fuerzas. Tomó las manos de Alberto.

Estaban frías.

RAMON PEREZ DE AYALA.

La reducción de algunos capítulos de Pérez de Ayala, que hemos publicado en el presente número y el anterior, da una idea del alto mérito literario que se acusa en todas sus obras, **Troteras y danzaderas, La pata de la raposa, A. M. D. G., Tinieblas en las cumbres,** y sus admirables versos, **La paz del sendero,** que el lector podrá obtener en las principales librerías.

L*A*

AI

Publica
género pica
zadas. Que
No se
sobre los n

Número
Concesi
Paraguay 2
C. Gómez.

PICARESCA

829—BUENOS AIRES

las mejores producciones en el
es propias, debidamente autori-
malidades de la Ley.
se mantiene correspondencia

s. Suscripción anual 3 pesos
apital, Sr. Miguel Marchesano,
Kiosco Rinaldi, Sarandí y Juan

TITULOS PUBLICADOS

(Los números agotados se indican con bastardilla)

Nº 1—MAX Y ALEX FISCHER.—*La traición del ascensor.*
Nº 2—HENRY KISTEMAECKERS—La llegada de Alberto.
Nº 3—GUY DE MAUPASSANT.—La seña. El vagabundo.
Nº 4—CATULLE MENDES.—La visión. El haz de paja.
Nº 5—EDMOND ABOUT.—*El cuarto de huéspedes.*
Nº 6—LUIGI LUCATELLI.—*A la gloire. Historietas breves.*
Nº 7—EDUARDO ZAMACOIS.—*Amar a obscuras.*
Nº 8—PEDRO DE REPIDE.—*La carrera del amor.*
Nº 9—OCTAVE MIRBEAU.—El diario de una mucama.
Nº 10—MAURICE DONNAY.—*Confidencias.*
Nº 11—ARMAND SYLVESTRE.—*Cuentos de media noche.*
Nº 12—MAX Y ALEX FISCHER.—Casimiro. Circuito galante.
Nº 13—EDMOND DESCHAUMES.—*Paréntesis de honestidad.*
Nº 14—FELIPE TRIGO.—*Cuentos cortos.*
Nº 15—GUY DE MAUPASSANT.—*Confesiones picarescas.*
Nº 16—GABRIELE D'ANNUNZIO.—Carne viva.
Nº 17—ADRIAN DE ARREGUI.—La Viuda de Don Juan.
Nº 18—LOUIS DE GRAMONT.—Academia de maridos.
Nº 19—EMILIO ZOLA.—Lo inconfesable.
Nº 20—EDUARDO ZAMACOIS.—*Al fin solos...!*
Nº 21—CATULLE MENDES—La recién casada.
Nº 22—GUY DE MAUPASSANT.—En la noche.
Nº 23—FELIPE TRIGO.—El honor de Celia.
Nº 24—EMILIO ZOLA.—A la conquista de París.
Nº 25—GEORGES COURTELINE.—Primeras armas.
Nº 26—ECA DE QUEIROZ.—En el molino.
Nº 27—FELIPE TRIGO.—El despertar.
Nº 28—HENRY KISTEMAECKERS.—Una hora después.
Nº 29—ARMAND SYLVESTRE.—La cita.
Nº 30—RAMON PEREZ DE AYALA.—Una mala mujer.

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

"El Nacional" Taller fotográfico; especialidad en trabajos para aficionados. Copias de planos.

ROSENDO F. RODRIGUEZ - VICTORIA 829 - BUENOS AIRES

Se atiende pedidos del interior; precios equitativos



La alegria de vivir no se consigue solo con riquezas y comodidades

a ellas hay que agregar la salud, portadora de la belleza y principal factor de la felicidad.

No hay salud cuando la **neurastenia, la falta de vigor y de sangre** truncan la vida. Dice la ciencia que la

Bioforina Líquida de Ruxell

cura segura y radicalmente toda enfermedad del sistema nervioso.

Los sanos la necesitan para hacerse fuertes. Los débiles y convalescientes para recuperar la vitalidad y salud perdidas.

Señoras

Para los casos de anemia, clorosis y nervios flojos es indicadísima

NO FALLA EN NINGUN CASO

SE VENDE EN TODAS LAS FARMACIAS DE LAS REPUBLICAS
ARGENTINA Y URUGUAY

EXIGIR EN CADA ENVASE LA FIRMA DE LOS CONCESIONARIOS
BENDINGER & Cía.
SARMIENTO 643 -:- BUENOS AIRES

Imprescres FERRARI Hnos. Balcarce 345 - Grabados ZUCCHI y Cia. Maipú 173 - Bs. Aires